

RETIRO MENSUAL: ¡DIOS ESTÁ EN TI!

—¿Dónde está Dios? preguntaban a un niño.

—En mi corazón, responde.

—¿Quién lo ha puesto ahí?

—La Gracia.

—¿Quién lo puede expulsar?

—El pecado.

Éstas respuestas de un niño que revelan tan profunda inteligencia de la verdadera vida cristiana compendian la doctrina que nos parece generadora de la intimidad en grado máximo¹.

PARTE II: TRANSFORMACIÓN EN DIOS²

Ante la perspectiva soberana de nuestra total transformación en Dios, el **cristiano debería despreciar radicalmente todas las miserias de la tierra y dedicarse con ardor incontenible a intensificar cada vez más su vida trinitaria hasta remontarse poco a poco a las más altas cumbres de la unión mística con Dios**. Es lo que sor Isabel de la Trinidad pedía sin cesar a sus divinos huéspedes:

«Que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de Vos, ¡oh mi Inmutable!, sino que cada minuto me lleve más lejos en la profundidad de vuestro misterio».

No se vaya a pensar, sin embargo, que esa total transformación en Dios de que hablan los místicos experimentales como coronamiento supremo de la inhabitación trinitaria **tiene un sentido panteísta de absorción de la propia personalidad en el torrente de la vida divina**. Nada más lejos de esto. **La unión panteísta no es propiamente unión, sino negación absoluta de la unión, puesto que uno de los dos términos—la criatura—desaparece al ser absorbido por Dios**. La unión mística no es esto. El alma transformada en Dios no pierde jamás su propia personalidad creada. Santo Tomás pone el ejemplo, extraordinariamente gráfico y expresivo, del hierro candente que, sin perder su propia naturaleza de hierro, adquiere las propiedades del fuego y se hace fuego por participación

Conclusión: La Santísima Trinidad inhabita en nuestras almas para darnos la plena posesión de Dios y el goce frutivo de las divinas personas.

Dos cosas se contienen en esta conclusión, que vamos a examinar por separado:

a) **PARA DARNOS LA PLENA POSESIÓN DE DIOS**. Decíamos al hablar de la presencia divina de inmensidad que, en virtud de la misma, Dios estaba íntimamente presente en todas las cosas—incluso en los mismos demonios del infierno—por esencia, presencia y potencia. Y, sin embargo, un ser que no tenga con Dios otro contacto que el que proviene únicamente de esta presencia de inmensidad, propiamente hablando no *posee* a Dios, puesto que este tesoro infinito no le pertenece en modo alguno. Escuchemos de nuevo al P. Ramiére³:

¹ *Dios en nosotros*, P. RAÚL PLUS S.J.

² Seguimos el libro *Teología de la perfección cristiana* del p. ROYO MARÍN.

³ ENRIQUE RAMIÉRE, S.I., *El Corazón de Jesús y la divinización del cristiano* (Bilbao 1936) p.229-30.

«Podemos imaginarnos a un hombre pobrísimo junto a un inmenso tesoro, sin que por estar próximo a él se haga rico, pues lo que hace la riqueza no es la proximidad, sino la *posesión* del oro. Tal es la diferencia entre el alma justa y el alma del pecador. El pecador, el condenado mismo, tienen a su lado y *en sí mismos* el bien infinito, y, sin embargo, permanecen en su indigencia, porque este tesoro no les pertenece; al paso que el cristiano en estado de gracia tiene en sí el Espíritu Santo, y con El la plenitud de las gracias celestiales *como un tesoro que le pertenece en propiedad* y del cual puede usar cuando y como le pareciere.

¡Qué grande es la felicidad del cristiano! ¡Qué verdad, bien entendida por nuestro entendimiento, para ensanchar nuestro corazón! ¡Qué influjo en nuestra vida entera si la tuviéramos constantemente ante los ojos! La persuasión que tenemos de la presencia real del cuerpo de Jesucristo en el copón nos inspira el más profundo horror a la profanación de ese vaso de metal. ¡Qué horror tendríamos también a la menor profanación de nuestro cuerpo, si no perdiéramos de vista este dogma de fe, tan cierto como el primero, a saber, *la presencia real en nosotros del Espíritu de Jesucristo!* ¿Es por ventura el divino Espíritu menos santo que la carne sagrada del Hombre-Dios? ¿O pensamos que da El a la santidad de esos vasos de oro y templos materiales más importancia que a la de sus templos vivos y tabernáculos espirituales?».

Nada, en efecto, debería llenar de tanto horror al cristiano como la posibilidad de perder este tesoro divino por el pecado mortal. Las mayores calamidades y desgracias que podamos imaginar en el plano puramente humano y temporal—enfermedades, calumnias, pérdida de todos los bienes materiales, muerte de los seres queridos, etc., etc.—son cosa de juguete y de risa comparadas con la terrible catástrofe que representa para el alma un solo pecado mortal. Aquí la pérdida es absoluta y rigurosamente *infinita*.

b) PARA DARNOS EL GOCE FRUITIVO DE LAS DIVINAS PERSONAS. Por más que asombre leerlo, es ésta una de las finalidades más entrañables de la divina inhabitación en nuestras almas. El príncipe de la teología católica, Santo Tomás de Aquino, escribió en su *Suma Teológica* estas sorprendentes palabras⁴:

«No se dice que poseamos sino aquello de que libremente podemos usar y disfrutar. Ahora bien, sólo por la gracia santificante *tenemos la potestad de disfrutar de la persona divina* (“*potestatem fruendi divina persona*”)).».

«(...) ¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y crearlas a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma; en *lo* muy muy interior, en una cosa muy honda—que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras—siente en sí esta divina compañía». **(Santa Teresa)**

Ya hemos citado [a San Juan de la Cruz] en la conclusión anterior un texto extraordinariamente expresivo. Oigámosle ponderar el **deleite inefable** que el alma experimenta en su sublime experiencia trinitaria:

«De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente, es imposible decirse; ni yo querría hablar de ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan, de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí y sentirlo para sí, y callarlo y gozarlo el que lo tiene... y así sólo se puede decir, y con verdad, que *a vida eterna sabe*; que aunque en esta vida no se goza

⁴ 13 I 43,3 c et ad t.

perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque, por ser toque de Dios, *a vida eterna sabe*». (San Juan De La Cruz)

«He aquí cómo yo entiendo ser la “casa de Dios”: viviendo en el seno de la tranquila Trinidad, en mi abismo interior, en esta fortaleza inexpugnable del santo recogimiento, de que habla San Juan de la Cruz». (Sor Isabel De La Trinidad).

«Mirad que convida el Señor a todos; pues es la misma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamara el Señor a todos, y aunque nos llamara, no dijera: “Yo os daré de beber” (Jn 7,37). Pudiera decir: venid todos, que, en fin, no perderéis nada; y a los que a mí me pareciere, yo los daré de beber. Mas como dije, sin esta condición, a todos, tengo por cierto que a todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará este agua viva». (Santa Teresa)

Vale la pena, pues, hacer de nuestra parte todo cuanto podamos para *disponernos* con la gracia de Dios a gozar, aun en este mundo, de esta inefable experiencia trinitaria. Vamos a recordar los principales medios para ello.

«La gran Realidad es Dios viviendo en nosotros... Muchas almas bautizadas ignoran este misterio íntimo y viven en esa ignorancia toda su vida, extrañas a él... Los sacerdotes, es decir, los que han recibido la misión de predicarlo al mundo, lo relegan también al olvido, y cuando se les recuerda, se sorprenden... Decidámonos pues a creer que nuestro buen Dios no nos abandona un momento, mientras que por el pecado mortal no lo expulsemos de nuestro interior. Hagamos actos de fe voluntarios, explícitos, frecuentes, acerca de la presencia real y permanente de Dios en lo íntimo de nuestra alma. No busquemos a Dios por de fuera, sino en nuestro interior, ahí donde vive sólo para nosotros, a donde nos llama y nos espera, ahí donde lo hacemos sufrir con nuestras disipaciones y olvidos».⁵

«Pocos hombres aprecian el don de la gracia en todo su valor. Es necesario que cada cristiano la admire en su interior respetuosamente; que los predicadores y los maestros de la ciencia la expliquen, que inculquen profundamente su conocimiento en el pueblo. Así sabrán los fieles que son templos vivos del Espíritu Santo y que llevan al mismo Dios dentro de su corazón; que deben, por tanto, caminar divinamente en su presencia y vivir una vida digna de tal huésped que los acompaña a todas partes envolviéndolos siempre en su mirada».⁶

«Mons. de Segur formula la misma queja: “Todos los cristianos saben, por lo menos de una manera teórica y general, que Dios está en su corazón, que son templos de Jesucristo, que el Espíritu Santo habita en ellos. ¿Cómo explicar entonces que casi nadie concede este dogma fundamental la importancia que merece, «que casi nadie piense en El, ni lo crea prácticamente, ni lo viva? Aun entre los sacerdotes, entre los buenos sacerdotes, qué pocos hay, lo afirmo sin temor, que den directamente a las almas este delicioso e incomparable alimento; el único, sin embargo, verdaderamente necesario, el único capaz de saciar su hambre y de calmar su sed, **Dios**, vida del alma, tesoro del corazón, compañero de nuestro destierro, fuente íntima de fuerza, de santificación y de piedad”»⁷.

«Si hemos de creer al “Mensaje del Corazón de Jesús al corazón del sacerdote”, Nuestro Señor desea que se propague “la devoción al estado de gracia”. Tal es la sustancia de este

⁵ *La intimidad con Dios*, P. RAÚL PLUS S.J. pág 14. (citando al cardenal Mercier).

⁶ *Idem*, pág. 15.

⁷ *Idem*, pág. 15.

“**Mensaje**” encontrado entre los papeles de un religioso Marista, muerto en Roma, y a quien una alma santa se lo había sin duda comunicado: “Ciertamente, la devoción a mi Corazón sagrado se ha extendido bastante, y me consuela y me da muchas almas, a mí, el Salvador de las almas. Sin embargo, ¡qué lejos están de comprender los tesoros infinitos de mi Corazón! ¡Ah! ¡si adivinaran el deseo intenso que tengo de unirme íntimamente a cada uno de ellos!... ¡Muy raros son los que llegan a esta unión en el grado en que mi Corazón se las ha preparado sobre la tierra!... Y ¿qué es necesario hacer para conseguirlo? Recoger, reunir todos sus afectos y concentrarlos en mí, que estoy allí en lo más íntimo de su alma. ¡Ah! ¡clama muy alto y diles cuánto los amo! ruégales que escuchen el llamamiento apremiante de mi Corazón, mi tierna invitación a descender **al fondo de su alma**, a unirse ahí al que no los abandona jamás, a identificarse conmigo, en cierta manera... y entonces ¡qué bendiciones les prometo! Esta unión misteriosa y divina será el principio de una vida muy de otra manera santa y fecunda que la que han llevado hasta aquí... Muchos sacerdotes conocen perfectamente la teoría de la unión del alma Conmigo; varios la desean, pero ¡qué pocos la conocen en la práctica! ¡qué pocos, aun entre los sacerdotes piadosos y llenos de celo, —mis amigos abnegados—, que se den cuenta de que estoy ahí, **en el fondo de su alma**, ardiendo en el deseo de hacerla **una** Conmigo! — ¿Y cuál es la causa? —Que viven como en la superficie de su alma. ¡Ah! si quisieran sustraerse a las cosas visibles, a las impresiones humanas, para descender en silencio **a lo íntimo de su alma, muy al fondo, donde yo habito...** ¡qué pronto me encontrarían, y qué vida de unión, de luz, de amor sería la suya!...”⁸.

«San Bernardo, para hacer comprender a estas almas **su** extravío, comenta lo que aconteció a María Magdalena en el Sepulcro, la mañana de la Resurrección. Buscamos a Dios donde no está, o más bien no lo buscamos ahí donde se encuentra principalmente; de aquí provienen todas las confusiones y retardos, y que muchas almas se agiten y se esfuercen sin avanzar. “Mujer, ¿por qué lloras? ¿a quién buscas? Posees al que buscas y no lo adviertes; lo tienes en tu interior al que buscas por de fuera. Por defuera del sepulcro estás llorando, y tu alma es mi sepulcro donde no muerto, sino lleno de vida descanso para siempre... ; tu alma es mi jardín; con razón me creíste jardinero...; pero me manifestaré a ti por de fuera para convertirte a **tu interior y** así encuentres dentro lo que buscas fuera... No estoy lejos de ti; —¿qué cosa más próxima al hombre que su propio corazón? — y ahí me encuentra todo el que me busca”».⁹

«¿Qué conformidad hay entre el templo de Dios y los ídolos? Pues templo del Dios vivo somos nosotros, según aquello que dijo Dios:

*“Habitaré en ellos y andaré en medio de ellos;
y Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.
Por lo cual salid de en medio de ellos,
y apartaos, dice el Señor,
y no toquéis lo inmundo,
y Yo os acogeré;
y seré Padre para vosotros,
y vosotros seréis para Mí hijos e hijas,
dice el Señor todopoderoso” (2 Cor 6,16-)*¹⁰

Y comenta Mons. Straubinger:

⁸ Idem, pág. 16.

⁹ Idem, pág. 19.

¹⁰ *Mystici Corporis* (1943) Pio XII: Dz. 2290; Ds 3815.

«Para el cristiano es aún más íntima y ya presente la habitación de Dios en su alma, que debe alejarlo con repugnancia de toda contaminación exterior. “Si en vez de mirar a Dios como un objeto exterior a mí, lo considero en mí, hallo ya cumplida y colmada mi oración, pues nunca soñaría yo en llegar a pedirle que habitase en mí y me transformase a la imagen de su Hijo Jesús. Eso es lo que ya ha hecho Él conmigo, y continúa haciéndolo a cada instante por la gracia de su bondad a causa del excesivo amor con que nos ama”. Hasta esa consideración inicial: “yo estoy ya divinizado por la gracia”, para que inmediatamente el alma entre en la paz, superando por un lado toda inquietud o escrúpulo, y por otro lado evitando con el mayor esfuerzo posible todos los peligros de pecado, y quedando así en el estado de ánimo propicio para crecer en la fe y en el amor. He aquí lo que hemos de recordar especialmente cuando nos sentimos incapaces de orar».

«Nada, en efecto, debería llenar de tanto horror al cristiano como la posibilidad de perder este tesoro divino por el pecado mortal. Las mayores calamidades y desgracias que podamos imaginar en el plano puramente humano y temporal -enfermedades, calumnias, pérdida de todos los bienes materiales, muerte de los seres queridos, etc., etc. - son cosa de juguete y de risa comparadas con la terrible catástrofe que representa para el alma un solo pecado mortal. Aquí la pérdida es absoluta y rigurosamente *infinita*».¹¹ (p. Royo Marin)

«En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, “¿quieres recibir el Bautismo?”, significa al mismo tiempo preguntarle, “¿quieres ser santo?” Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48)».¹² (san Juan Pablo II)

¡Ave María y adelante!

¹¹ P. ROYO MARÍN, *Teología de la Perfección Cristiana*, pág. 63.

¹² JUAN PABLO II, *Novo Milenio Ineunte*, n. 31.